de una vez los bárbaros hubieran arruinado i saqueado las posiciones que tenían los dominadores en América.

Esa obra de los PP. de la Compañía de Jesús exigía una prosecución interminable de nuevos Apóstoles que surgieron desde la fundación de la Iglesia en América, hasta la presente, en que esa misma Iglesia se ve tan abatida.

En las luchas de la fe, en esas contiendas iniciadas desde los tiempos prehistóricos con las ingratitudes del pueblo de Dios, seguidas por la Sinagoga i el Sanedrín, continuadas contra los Apóstoles del Nazareno i emprendidas rudamente por los Césares i Emperadores romanos para matar en su cuna al cristianismo; en esas ligas de las pasiones del mundo contra la Caridad del Cielo, necesitaban dignos sucesores Moisés i los Jueces que guiaron al pueblo escogido, profetas que tuvieron la clarividencia como reflejo de la divinidad, Apóstoles como San Pedro i San Pablo que dan hasta su vida por la fe, émulos como los Franciscanos que alientan a Colón en su grandiosa empresa i prosecutores de la misión de paz que anunciaba a los inolvidables Padres Olmedo, Benavente, Quiroga i Frai Bartolomé de las Casas, EL PROTECTOR DE LOS INDIOS, como en justicia le llama la historia.

I así ha sido; el clero mejicano siempre fiel al llamado del Señor, es una falanje de luchadores por la fe, imitando a sus antecesores los Apóstoles del eristianismo. La primera autoridad actual de la Iglesia Mejicana, cuya personalidad rápidamente tuvimos la honra de bosquejar en la anterior edición de esta obra, trabaja sin descanso por hacer la felicidad de la sociedad, por la observancia de la religión, i su influencia pastoral, tierna i acertada, hace que sus subordinados i sus diocesanos cumplan con los preceptos que la religión impone como la obra de la eterna salvación.

Ese Prelado es el Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón i Sánchez de la Barquera, a quien vimos satisfactoriamente subir al Solio Episcopal el 13 de enero de 1891, cuando la Iglesia, viuda del insigne Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida i Dávalos, se quitaba las negras tocas i se engalanaba aunque modestamente para recibir al nuevo enviado del Señor, interpretada por la augusta voluntad de S. S. el Sr. León XIII.

Allá cuando nos regocijábamos por la exaltación del Ilmo. Dr. Alarcón para regir los destinos de la Iglesia mejicana, tan combatidos como fijos en sus propósitos, hacíamos votos como los hacían los VV. Cabildos Metropolitano i el de la Insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe, por que el Cielo se dignara inspirar al nuevo Prelado para que la Metrópoli tuviera un digno Sucesor de Monseñor Labastida, i damos gracias al Sér Supremo porque nuestros votos se cumplieron.

Como nuestro objeto es reseñar los hechos de las personalidades eclesiásticas que han sucedido a los

que figuran en nuestra edición de 1892, vamos a tratar de la vida i hechos del Ilmo. Sr. Alarcón hasta la presente, en que por el favor divino lo tenemos en la silla episcopal.

Nació en Lerma, Distrito del Estado de Méjico, el 20 de julio de 1828, siendo sus padres el Sr. D. Francisco Alarcón i la Sra. D. Magdalena Sánchez

de la Barquera.

¡Oh designios inescrutables de la Providencia! Aquel niño queda huérfano i desamparado en la niñez para que desde esa edad aprendiera a ser humilde, i sin envanecimientos de las cosas terrenas, fuera, como es, un ejemplar Ministro del Señor.

Así los primeros Apóstoles fueron siguiendo al Galileo desde las orillas del lago, humildes pescadores

que habían de ganar almas para el cielo.

Yendo a casa de su tío materno el Sr. Pbro. D. Guillermo Sánchez de la Barquera, que a la sazón era Cura de Amecameca, comenzó a su lado los primeros estudios i recibió en aquel santo hogar los primeros destellos de la fe i los efluvios rudimentales de la ciencia, fe i ciencia que hicieron del Sr. Alarcón un hombre útil a la Iglesia i a la sociedad.

En Tulancingo, i siempre al lado de su tío, cursó latinidad, siendo su Profesor el R. Pbro. D. Nicolás

García de San Vicente.

En los años de 1844 a 1846, cursó Filosofía en el Seminario Conciliar de Méjico, con la acertada dirección del sabio Pbro. D Agustín de Jesús Torres.

El Sr. Alarcón se hizo notable en la Nacional i

Pontificia Universidad, sosteniendo su examen de Filosofía con un éxito satisfactorio para él i para su maestro.

En los años de 1847 a 1850 estudió Teología Dogmática, Escritura Sagrada i Santos Padres, bajo la dirección del Sr. Pbro. D. Ignacio Vera, sufriendo dos actos públicos en los que obtuvo el primer premio.

Así fué enriqueciéndose el talento del Sr. Alarcón i así su alma fué acrisolándose en la religión, hasta merecer dignamente una beca de honor en Teología en septiembre de 1852.

En 1853 recibió la sagrada orden del Subdiaconado á título de Capellanía fundada por el Ilmo. Sr. Vizarrón, ordenándose de Diácono en diciembre de 1854 i de Presbítero en mayo de 1855.

El escogido del Señor pisaba las gradas del altar para cantar su primera misa el día 20 del mismo mes i año en el templo parroquial de Sr. San José, de esta Capital.

Por fin el huérfano, el desvalido en la niñez, el humilde hijo del Distrito de Lerma, iba a elevar la Hostia Santa ante el pueblo católico; por fin en los solemnes momentos de los mementos rogaría al Sér Supremo por los desamparados i por los fieles que le precedieron en la señal de la fe.

En aquel acto grandioso ¡cuánto no se regocijarían los padrinos de altar, los Sres. Dres. D. Agustín Campoza i D. Juan García Quintana, este último Canónigo de la Colegiata, i los de manos el Sr. Lic. THE PARTY OF THE P

D. Manuel de Agredo i su hijo D. José María, cariñoso discípulo del cantamisano!

En 1856 recibió el título de Licenciado i obtuvo después el grado de Doctor en la Universidad mediante el acto llamado de la noche triste, ante el Claustro de Doctores que le aprobó unánimemente.

El mismo año de 1856 le nombró el Ilmo. Sr. Garza, Cura de Querétaro, puesto en el que se distinguió por su celo religioso i en el que deja triste vacante dos años después para ocupar una canongía de merced en la Colegiata de Santa María de Guadalupe.

Basta decir que para obtener dicha canongía tuvo que sostener una oposición durante cuatro días con el Dr. Cordero, persona que hasta la presente es reputado de sabio.

Los triunfos alcanzados por nuestro ilustre biografiado en la penosa cuanto satisfactoria carrera eclesiástica le llevaron el año de 1862 á ocupar una prebenda en la Catedral de Méjico, de la que fué Canónigo el año de 1868.

En 1873 tuvo la dignidad de Maestrescuela, i en mayo de 1878 la de Chantre i más tarde la de Arcediano i Dean, después de haber servido en la Catedral veinticinco años.

Como se ve, las gradaciones que iba siguiendo la personalidad del Sr. Alarcón, eran el resultado de los progresos que había adquirido en las aulas i en los Curatos, en las unas como discípulo aprovechado, en los otros, como el Párroco que hace de sus feligreses un conjunto de siervos del Señor, fieles a su

mandato i constantes observadores de sus doctrinas.

En el Seminario fué, como Prefecto de estudio, leal amigo de los seminaristas, como Profesor de latinidad el propagador de tan elevado idioma, cuyas bellezas no tan sólo esplenden en los libros de la Iglesia, sí que también en la literatura ha arraigado sus dominios.

Como Vice-rector i Rector del Colegio de San Juan de Letrán, de ese plantel por el que pasaron tantas eminencias que formaron una generación intelectual como pocas i creyente como tal vez ningún otro de la América, el Sr. Alarcón desplegó un tino digno de su cuna humilde, pero grandiosa en méritos morales, i digno también de sus maestros que lo formaron para el servicio del Señor i para el bien de la humanidad.

I como Examinador i miembro de la Junta de Censura Eclesiástica reveló siempre su privilegiado talento i dió pruebas de sabia prudencia, tanto, que cuando los males del cuerpo, que no los del espíritu, agobiaron al Ilmo. Dr. Labastida, fué llamado a hacerse cargo interinamente del gobierno eclesiástico.

Permítasenos, no obstante los méritos del Ilmo. Dr. Alarcón, que recordemos luctuosamente las primeras horas de la noche del 4 de febrero de 1891, en las que el experto piloto de la nave de la Iglesia tenía que abandonarla por la muerte. ¡Oh noche!, todavía están en el alma de los católicos de corazón tus sombras envolviendo el último suspiro de Monseñor Labastida, todavía parece flotar a nuestra vis-

ta del alma el báculo de aquel anciano venerable, en el mar tormentoso de las luchas de la Iglesia, para ser recogido, lo repetimos, dignamente por el Ilmo. Sr. Alarcón, quien pasó a ser Vicario Capitular de la Sede Vacante.

El Vaticano tenía que fijarse desde luego en el Sucesor de Monseñor Labastida, i cuáles no serían las aptitudes del Sr. Alarcón, que en la terna de prominencias que se mandó a Roma, la Santa Sede lo designó para regir los destinos de la Iglesia de Méjico, esos destinos en los que han intervenido varones mui ilustres que la historia venera como Posadas, Garduño, Belaunzarán i otros.

El 13 de enero de 1891 se recibieron las bulas i el palio que por conducto del Sr. Angelini, Cónsul de Méjico en Roma i Agente de Negocios Eclesiásticos, enviaba S. S. el Sr. León XIII al nuevo Prelado.

El 21 del mismo mes i año el Sr. Alarcón prestó el juramento ante el V. Cabildo Metropolitano, estando presente el Sr. Canónigo D. José María Díaz i Vargas, Delegado del Ilmo. Sr. Obispo de Puebla

Las notas del Te Deum magistralmente ejecutadas llenaron los ámbitos de la Basílica, i fueron como el hosana con que fué recibido el nuevo Prelado.

La consagración se efectuó con toda pompa en la misma Catedral el 7 de febrero de 1892.

Aquella ceremonia fué como la manifestación unánime de la sociedad católica, pues toda ella estaba representada i en gran número.

En ella el Clero recibía a su nuevo Viador con

verdadero regocijo i alzaba sus plegarias por la prosperidad del ungido del Señor.

Hasta aquí la llegada del Dr. Alarcón al Solio por un sendero de fatigas i buenas obras.

¿Qué ha hecho por la Iglesia durante el tiempo que lleva en el poder eclesiástico? nos lo dicen las relaciones con Roma que obligaron a S. S. a distinguirnos con su Enviado Apostólico; lo dice la harmonía que reina en la Iglesia misma i los progresos espirituales de ésta que, sin invadir al Estado, marcha próspera i feliz.

Por último, el viaje a Roma del Ilmo. Dr. Alarcón para tomar parte en el Concilio Latino Americano, su presencia en el Solio Pontificio, tan significativa como fué la de Monseñor Labastida, nos dice que la personalidad del Sr. Alarcón significa mucho, muchísimo para la unidad de la Iglesia, no sólo en Méjico, sino en la América.

¡Quiera Dios conservarnos a tan digno Prelado i que los años preciosos de su vida se prolonguen en bien de la Iglesia i de la humanidad, i que el Cielo le dé siempre el mismo acierto que hasta aquí, en pro de la augusta religión!

